

## SOBRE LA VANIDAD DE TÚA BLESA

Alberto NAVARRO

Un barco no nace para navegar, sino para llegar a puerto.  
F. Pessoa

La vanidad de la vida humana, o la levedad de la vida que nos arrastra al nihilismo, es el tema de la filosofía del siglo XIX. El Romanticismo desató una tormenta que lo inundó todo de melancolía creando un agujero negro del que solo escapó la luz del pensamiento nietzscheano. La poesía de Leopoldo María Panero es una expresión plena de ese desgarró, de ese vacío de la existencia, de ese desasosiego que Túa Blesa siempre analizó en sus estudios con la delicadeza y rigor de quien hubiera encontrado un tesoro, pues como dijo Pessoa, quien no cree en Dios, ni en el hombre, sólo le queda su alma para la contemplación estética.

Túa Blesa jamás rehuyó de la parte dionisiaca de la existencia, abrazando el exceso y el caos eleusino. Pero si echamos la vista atrás Túa Blesa tiene un precursor más propio que Nietzsche, según mi entender, no es otro que el señor de la montaña, Michel Montaigne, el creador del género ensayístico.

Montaigne señala con asombro que el hombre es una bestia, es un animal más, pero a veces cuando mira puede ver con la mirada de Dios, *theos oros*, puede hacer teorías sobre el lenguaje y sobre el mundo que le rodea, y puede deleitarse y contemplar la belleza de las cosas. Nada más lejos del espíritu de Montaigne que avergonzarse de ser lo que somos, un animal que cultiva el logos, un animal artista, que en ocasiones, raras, observa con la mirada de un dios.

Maquiavelo señalaba en *los discursos de Tito Livio* que en toda sociedad habita un conflicto de intereses entre la clase alta y el pueblo llano. Las leyes y las Instituciones deben equilibrar los dos extremos, y evitar el abuso de poder de una parte sobre la otra. Y por encima de todo lo que resulta vital es que ese conflicto tenga lugar dentro de la vida política, para que no se desarrolle en revueltas, en alboroto y caos, en derramamientos de sangre. Montaigne al igual que José Ángel Blesa pertenecen a esta tradición política, quizás porque desde Solón hasta Spinoza o Hume no hay otra, que pasa por el equilibrio entre las partes, el cuerdo acuerdo, el político que cose el tejido de la sociedad como un barco en el que navegamos todos, hasta que Marx, desde la dialéctica de la oposición hegeliana entre el amo y el esclavo, impuso la revolución, el genocidio ideológico para llegar al final de la historia.

Pero si desde el tejedor de Platón hasta el Leviatán, desde Hume hasta Deleuze, el pensamiento de la diferencia como armonía de contrarios ha sido la primera y única condición para pensar, podría parecer que escribir es poca cosa, algo menor, una acción sin eco, que se entiende como un entretenimiento ocioso en un mundo que se hunde y una vida que se apaga. Hoy la teoría literaria, posmodernísima, diría que se escribe siempre después, después de haber vivido, después de la vida para citarla, y así resucitarla. Pero Túa Blesa nunca fue tan derrideano. Si “el problema es que sólo hay hombres buenos, con buena conciencia, cuando tienen mala fortuna”, Túa revela en la escritura el arte del lenguaje que explora el mundo tratando de encontrar un hilo o una senda que desvele sus principios y reglas para obtener una reflexión que sea lección de vida. Y lo realiza con la templanza estoica, con el ánimo sereno dispuesto a aceptar la verdad aunque duela; y si los males aumentan por la edad, agradecer el tiempo que se ha vivido. Por ello, mientras que Alonso Quijano inventa mundos justos repletos de gigantes y princesas, y Tomás Moro sueña utopías y paraísos, Túa Blesa piensa sobre lo que ve, sobre las cosas de la vida, como el café de Colombia, sobre las que sirven y las que alegran, las que enojan y molestan, o las que echamos de menos, como la buena poesía en las ronerías junto a los buenos amigos. Tanta lucidez no es su único logro. Su novedad y su riqueza radican en su forma alejada de petulancia y pedantería: Si el estilo de sus artículos canoniza lo natural y lo variado sencillo, de sintaxis ágil y ligera, su prosa aparentemente desordenada reproduce la gimnasia del pensamiento mayéutico, en diálogo consigo mismo y con los sabios, por la que van tomando forma y puliendo los conceptos. Túa Blesa no es un profesor al uso, no escribe como un profesor, no habla como un académico, acaso escribe como habla con sus amigos, y con cada página se gana nuestra amistad, que cultiva como un viejo maestro de maestros.

### **El Señor de la Montaña**

Aunque asegure Montaigne (2003: 917): “Nací para vivir de la fortuna de los otros, si esto pudiera ser sin obligación ni servidumbre”, no se da ni en él, ni en el maestro zaragozano, el menosprecio aristotélico del trabajo doméstico, o una infravaloración de las cosas prácticas frente al estudio teórico: “Mejor quisiera ser buen jinete que lógico irreprochable. No es lo Universal sino el conocimiento de lo particular y cercano lo que nos importa” (Montaigne, 2003: 918). Por tanto Montaigne considera que la economía de las cosas, las tareas domésticas, esas propias de los jubilados, no implican bajeza ni esterilidad, puesto que gobernarse y gobernar sus bienes no son asuntos menores. No es Montaigne como Túa Blesa un hombre que se siente a la mesa a ser servido, un hidalgo muy digno de sangre azul, aunque señale en ocasiones el fastidio que le causan las tareas domésticas, esa crema griega de pepino le sale de maravilla. Montaigne entiende que la servidumbre a la que le obligan de entrada las cosas domésticas son una condición necesaria para desarrollar sus aficiones literarias y sus viajes, para alcanzar una autonomía de acción. Por otra parte, si Montaigne distingue entre lo privado y lo público y no tiene dudas: “Nada hay más digno que dedicarse a la vida política o pública como servidor de los otros, buscando el bienestar común” (Montaigne, 2003: 917),

es decir que no se considera un idiota, también Túa Blesa mantiene una enorme actividad pública en diferentes saraos culturales y magnos congresos que todavía se recuerdan.

Montaigne no disfruta con esos trabajos de la casa, pero sucede que las cosas torcidas le desagradan, le irritan: hay que fortalecer el ánimo como dicen los clásicos, pero “hay una razón que persigue la perfección” y un deber, una obligación moral. Túa Blesa por el orden en su oficina sabemos que también. Su carácter se revela por él mismo, me refiero a Montaigne, y a Túa Blesa: “Mis cualidades más favoritas son la ociosidad y la franqueza. Y la belleza, el artificio nos salva” (Montaigne, 2003: 918). La primera se logra paradójicamente gracias a ciertas obligaciones. La segunda gracias a la ironía y al disimulo. La tercera se captura en los viajes.

### **Ciudadano del mundo**

Montaigne se libra de la esclavitud a lo cotidiano mediante los viajes. Cuando viaja se distrae de lo que le parece más monótono: “guardar y acrecentar lo que se tiene, gobernar y administrar la hacienda”. Pero otra causa que le convida a estos paseos es su disintimiento con las costumbres corruptas de sus contemporáneos, con la situación de Francia. Buscará la belleza en sus viajes al extranjero lamentando el estado de las cosas políticas de su tierra natal, aunque encuentra una paradójica excepción:

No quiero echar esto en olvido: nunca me sublevo tanto contra Francia que no mire a París con buenos ojos. Esta ciudad alberga mi corazón desde mi infancia, y con ella me sucedió lo que ocurre con las cosas excelentes: cuantas más poblaciones nuevas y hermosas después he visto, más la hermosura de aquella puede y gana en mi afeción. La quiero por sí misma, y más en su ser natural que recargada de extraña pompa; la quiero tiernamente hasta con sus lunares y sus manchas. Yo no soy francés sino por esta gran ciudad, grande en multiplicidad y variedad de gentes; notable por el lugar donde se asienta, pero sobre todo grande e incomparable en variedad y diversidad de comodidades, gloria de Francia y uno de los más nobles ornamentos del mundo. ¡Qué Dios expulse de ella nuestras intestinas divisiones! Unida y cabal, la creo defendida contra toda violencia extraña; entiendo que entre todos los partidos el peor será aquel que en ella siembre la discordia; nada temo por ella si no es ella misma: y en verdad me inspira tantos temores como cualquiera otra parte de este Estado. Mientras dure París, no me faltará un rincón donde dar rienda suelta a mis suspiros, suficientemente capaz a que yo no lamente todo otro lugar de recogimiento (Montaigne, 2003: 933).

Sabemos que Túa Blesa visitó París, y quedó rendido a su arquitectura, a sus puentes que cuantificó y los opuso a los dos escasos y en obras de su ciudad natal que le hacían llegar tarde a sus clases universitarias. Observamos en Montaigne a un hombre que mira el mundo con curiosidad: Los viajes no son estancias en cápsulas sino experiencias, extrañamientos, inmersiones:

Al encontrarme fuera de Francia, y en ocasiones en que para serme grato se quería comer a la francesa, me reí de la oferta lanzándome siempre en las mesas más repletas de extranjeros. Me avergüenza el ver a nuestros hombres desvanecidos con ese torpe humor que los espanta cuando ven algo contrario de lo habitual; parécenos que se hallan fuera de su elemento cuando se ven fuera de su pueblo; adónde quiera que vayan, a sus costumbres se atienen y abominan de las extrañas. ¿Tropiezan con un compatriota en Hungría? pues festejan esta aventura uniéndose y cosiéndose el uno al otro para condenar tantas costumbres bárbaras como desfilan ante sus ojos ¿y por qué no bárbaras, puesto que no son francesas? Y todavía debemos alabar la habilidad de éstos que las reconocieron para condenarlas. La mayor parte no toman el camino de la ida sino para seguirle a la vuelta; viajan cubiertos, y constreñidos en una prudencia taciturna e incommunicable, defendiéndose del contagio de un cielo ignorado” (Montaigne, 2003: 934).

Comportamientos análogos podrían ser documentados al respecto de los viajes de Túa Blesa. No sería difícil reportar casos en los que se hizo pasar por italiano, turco o incluso kurdo. Por último le reprochan a Montaigne el partir y abandonar su casa, al igual que Túa Blesa sufre las críticas por su desapego a lo baturro aragonés, a la fabla, a lo que significa el cachirulo, prenda que nunca ha gustado usar.

### **La moral contraria a la naturaleza**

Montaigne lamenta cuántos legisladores, cuántos príncipes de la moral han imaginado vidas santas, tan etéreas como inalcanzables:

Yo veo que a menudo se nos presentan ejemplos de vida, los cuales, ni el que nos los propone ni las gentes tienen la esperanza remota de seguir, ni deseo tampoco, lo que es más grave. De ese mismo papel donde acaba de escribir la sentencia condenando a un adúltero, el juez arranca un pedazo para escribir una misiva amorosa a la mujer de su compañero: la propia mujer con quien acabáis de restregaros, ilícitamente, gritará luego con mayor rudeza en vuestras barbas contra delito idéntico en su compañera, y con arrogancia mayor que Porcia. Tal condena a muerte a un hombre por crímenes que ni siquiera como faltas considera. En su juventud vi a un probo caballero presentar al pueblo con una mano excelentes versos en belleza y desbordamiento, y con la otra, en el mismo instante, la más reñida reforma teológica con que el mundo se haya desayunado de largo tiempo acá (Montaigne, 2003: 948).

Discursos bien contruidos pero estériles y huecos. Túa Blesa, que sufre la ñoñería hipócrita del catolicismo nacional franquista, al igual que Montaigne denuncia la hipocresía de la moral de su época parafraseando lo que decía Lais la cortesana, que no sabía cuáles eran las diferencias entre jueces sabios y lerdos villanos, entre legisladores y analfabetos, pues esas gentes llamaban a su puerta con igual frecuencia que los demás. Además Montaigne y Túa reprochan a los legisladores la altura de miras que convierte la ley no solo dura sino angélica, imposible de cumplirse estrictamente o literalmente:

Sería de desear que hubiera habido más proporción entre el ordenar y el obedecer: el fin parece injusto cuando no puede alcanzarse. Ningún hombre de bien, por cabalmente que lo sea, puede someter a las leyes todas sus acciones y pensamientos sin que se reconozca digno de ser ahorcado diez veces en el transcurso de su vida; algunos de ellos sería gran lástima e injusticia grave castigarlos y perderlos. Y tal otro podría dejar de infringir las leyes que no por ello mereciera la alabanza de hombre virtuoso, y a quien la filosofía azotaría justamente: ¡en tal grado la relación de ambas cosas es desigual y oscura! (Montaigne, 2003: 948)

Pronto Platón comprendió que la virtud no bastaba para la paz social, lo que le convenció para alejarse del mundanal ruido. Montaigne distingue una virtud privada que no se parece a la virtud pública, a la virtud política como decía Maquiavelo,

Los anales reprochan hasta ahora a alguno de nuestros reyes el haberse con sencillez extrema dejado llevar por las concienzudas persuasiones de su confesor: los negocios de Estado se gobiernan por preceptos más vigorosos. Antaño intenté emplear en el manejo de las negociaciones públicas las opiniones y reglas del vivir, así rudas, nuevas, corrientes y sin mácula, como en mí las engendró y de mi educación derivan, y de las cuales me sirvo, si no ventajosamente, al menos con seguridad en privado. Eran éstas una virtud escolástica y novicia; todas las encontré ineptas y peligrosas. (Montaigne, 2003: 950)

La utópica república de Platón no está pensada para la Atenas que él vivió; de hecho dilató su redacción, y cuando la publicó pasó totalmente inadvertida: Por ello dice Montaigne y suscribe Túa:

Detesto esa razón aguafiestas, y que si esos extravagantes proyectos que hacen más dura la existencia, y esas opiniones tan agudas tienen verdad, me parece demasiado cara e incómoda. Por el contrario, empléome en hacer valer la insignificancia misma y la necedad si me procuran placer y déjome llevar por mis inclinaciones naturales sin examinarlas tan de cerca (Montaigne, 2003: 954).

### La belleza di Roma

El modelo político de Montaigne es la Roma republicana. Roma le fascina. Su pasado habla de grandes hombres justos, libres, florecientes:

Reconociéndome inútil en este siglo, me lanzo a ese otro, y con él tanto me embobo, que el estado de esa antigua Roma, libre, justa y floreciente (pues no amo su nacimiento ni su senectud), me conmueve y apasiona". Modelo y ejemplo de todo tipo de prácticas y costumbres, ropas, comidas "¿Es naturaleza o error de la fantasía, lo que hace que la vista de los lugares que sabemos haber sido frecuentados y habitados por personas cuya memoria es eximia, nos conmueva en algún modo más que oír la relación de sus hechos o leer sus escritos? (Montaigne, 2003: 919)

Hay en Montaigne la certeza de que los cambios radicales nunca son buenos, mucho antes del adagio de que todo cambia para que todo siga igual, las revoluciones agitan, disgregan, destruyen y todo vuelve a girar siguiendo el mismo paso. En este caso la cita es de Cicerón, aquellos que quieren cambiar el gobierno, sólo quieren destruirlo, Montaigne la precisa usando la metáfora del cirujano:

El mundo es inhábil para sanar sus males; el fin del cirujano no consiste en hacer morir la carne dañada, sino en el encaminamiento de su cura; sus miras van más lejos, procurando hacer renacer la natural y volver el órgano enfermo a su debido estado. Quien propone solamente arrancar lo que le corroe se queda corto, pues *el bien no sucede necesariamente al mal*; otro mal distinto puede venir después, y aun peor que el que antes había, como ocurrió a los matadores de César, quienes lanzaron a tal punto las cosas públicas, que luego se arrepintieron de haberse en ellas mezclado. (Montaigne, 2003: 921)

Sobre las traiciones de algunos hijos como Bruto, también tiene Túa Blesa conocimiento y experiencia al igual que Julio Cesar, y siempre fue consciente de la verdad de la anécdota que relata aquí Montaigne:

Todas las grandes mutaciones conmueven el Estado y lo trastornan. Pacuvio Calavio corrigió el vicio de este proceder con un ejemplo memorable. Hallábanse sus conciudadanos insubordinados contra los magistrados; él, que era personaje de grande autoridad en la ciudad de Capua, encontró un día medio de encerrar al senado en su palacio, y convocando al pueblo en la plaza pública, dijo que el día era llegado en que con plena libertad podían vengarse de los tiranos que durante tanto tiempo los habían oprimido, a los cuales él tenía a su albedrío, solos y desarmados. Fue de parecer que se sortease a los encerrados uno tras otro y que sobre cada cual se dictaminara particularmente realizando al punto la ejecución de lo que se decretase, siempre y cuando que fuera dable colocar a algún hombre de bien en el lugar del condenado, a fin de que no quedara vacío el puesto. No habían acabado de oír el nombre de un senador cuando se elevó contra él un grito general de descontento: Bien veo, dijo Pacuvio, que precisa deshacerse de éste; es un malvado, pongamos uno bueno en su lugar. Un silencio profundo siguió a estas palabras, y nadie sabía de quién echar mano. Ante alguien que se reconoció más resuelto que los otros cien voces se levantaron, encontrándole mil imperfecciones y mil justas causas para rechazarlo. Todos estos pareceres contradictorios habiéndose alborotado, sucedió todavía peor con el segundo senador y con el tercero; hubo, en fin, tanta discordia en la elección como necesidad en la dimisión, hasta que por fin, todo el mundo harto del alboroto, comenzaron todos a desfilar sucesivamente de la asamblea, cada cual albergando en su alma

esta resolución: “que el mal más añejo y mejor conocido es siempre más soportable que el reciente e inexperimentado” (Montaigne, 2003: 922).

Maquiavelo había definido virtud política, la virtud, como éxito o excelencia medida en el tiempo, es decir un estado o un gobierno era virtuoso si había sobrevivido largo período en el tiempo, si había superado las dificultades que se le habían ido oponiendo. Hay gobiernos que resisten, como la República de Venecia, miles de años, otros, como Esparta desaparecen en un abrir y cerrar de ojos. En ningún caso resisten o perviven por la fe, la caridad y la esperanza, las virtudes teologales de la educación nacional-católica.

### **Epígrafe**

Las virtudes laberínticas de Túa Blesa, doctor que codirigió mi tesis doctoral que llegó a buen puerto, aquí descritas gracias al capítulo sobre la Vanidad del Tercer Libro de los Ensayos de Montaigne, se resumen en navegar sin bandera de conveniencia, ni bandera pirata, ni cristiano ni cínico, ni apocalíptico ni integrado, ni profeta ni sofista. Esa bandera es escasa, rara, tan difícil como el punto medio de Aristóteles, tan infinitesimal como una diana del tamaño de un átomo, tan inverosímil como encontrar el centro de una galaxia. Y claro que es más usual ser perro, oveja plañidera, criatura del resentimiento, o salvador de la manada. Si muchos hombres dicen que todo va mal, que cualquier tiempo pasado fue mejor, diremos como Cernuda que no echamos de menos un destino más fácil, que Ítaca nos esperaba pero no escatimamos en aventuras, ni finalmente nos dejamos nada en el tintero.

Cuentan que Maquiavelo, Leonardo y César Borgia viajaron tres días a caballo hacia la ciudad de Lucca desde Florencia. De lo que hablaron no hay testimonio salvo lo que la imaginación de Túa Blesa pueda rescatar. Quizás hablaron de inventos, de enigmas, de maravillas, de máquinas, pero no clamaron contra el cielo indignados, no condenaron a los hombres sus bajezas y traiciones, no sermonearon sobre lo que se debe y lo que falta, sino que afirmaron la vida porque caminaban en el alambre como el volatinero de Zaratustra, y aunque nada supieran —*que sais je*—, la grandeza de su condición humana les instó a pensar y a escribir, a seguir el hilo de Ariadna, a escuchar el canto de las sirenas, a negar al cíclope su victoria. Comparte Túa Blesa con ellos el desprecio por los esclavos y los dictadores, tanto por los profetas como por los cínicos, que oscuramente se necesitan. Pero también comparte el deseo de ser señor de la libertad después de las labores, de ser amo de la sensación hermosa y decadente que fulgura un instante entre las sombras, y servidor de la página en blanco donde está a punto de cometerse otra tropelía.

### **Referencias bibliográficas**

- MAQUIAVELO (2007): *El príncipe*, Madrid, Alianza.  
MONTAIGNE (2003): *Ensayos*, Madrid, Cátedra.